

Sobre: **ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS**
(De Juan Ramón Jiménez)

México, 1942

La portada de este libro, que si fuese el libro de otro no sería demasiado fea, siendo de Juan Ramón resulta horrible. Después, el grosor, el lomo, la consistencia, la editorial, el precio, nada es de él, aunque presumo que ha vigilado en lo posible, y hasta exigido tal o cual cosa imposible. Consolémonos creyendo que debe seguir publicando así, como sea, ya que la vida y la obra hoy pueden ser asaltadas, saqueadas, destruidas, como corresponde a esta rara faceta de civilización que gozamos, y nada, pues, debe estar sin firma o inédito. El prólogo, firmado en Coral Gable, La Florida, Oct. 1940, un poco también distinto de todo lo suyo, con muchas referencias a la realidad, justeza de explicación, es decir, escrito no desde su lugar propio, no desde sí solo, que es como escribía ya siempre, sino desde un Juan Ramón fuera, un poco lejos incluso. Caricaturas, conocidas ya por nosotros las más, de variados personajes o seres, riquísimas todas, llenas de un precioso enredijo de sensaciones firmes, de seguras intuiciones, de penetraciones únicas, de raras desnudeces, hasta de maravillosas ignorancias aportadoras de algo que descubre o revela. Y lo más difícil, sutil, aventurado, incogible, imposible, escondido, vago, hasta dudoso, dicho con la palabra que lo convierte instantáneamente en fácil, en seguro, en real. Como si fuese el idioma, más que él mismo, el que llega al fondo de las cosas. Como si el idioma le sirviera, no para expresar lo descubierto, sino para descubrirlo. Como si con la palabra, haciéndola gancho hurgara, removiera los pozos más secretos de la verdad. Y lo mismo en la visión que en la expresión, sin límite alguno, pero sin invento alguno tampoco. Porque cuando escribe “sobrenegros”, “concaveadora”, “vivitorio”, “ex verde”, “sonlloro”, no es que invente palabras, sino que las distiende, las lleva a su colmo, las colma. Incluso podría decirse que abre tal palabra y la llena, pero no de una significación o matiz diferente, sino que la llena de sí misma. Ya que lo que Juan Ramón quiere, cuando escribe “sonlloro”, no es enriquecer el idioma, sino empujarlo a su plenitud, a su luz máxima, a su más grande medida.

Se llama artificioso porque todo lo dice y lo señala ya desde un mismo lugar fijo, que no es otro que el de su madurez, es decir, porque ha logrado idéntica distancia entre él y cada una de las demás cosas o seres. Todo le importa igual y su actitud ante una flor o el aire es ya la misma que ante un pobre hombre o una poetisa cursilona; claro que sólo su actitud es igual, porque su emoción es, naturalmente, distinta. Y esto es la madurez. Esto es la sabiduría andaluza. Una sabiduría con la misma condición de frescor y gracia que la sabiduría de Velázquez. Cuando el hombre no es hombre pleno, en el mejor de los casos tiene emociones ignorantes de joven y sabidurías secas después, sólo los totales consiguen la emoción sabia, o mejor, la emoción viva, y la sabiduría de esa emoción viva. Alguien, ya hace años, me decía por chiste en el que intentaba ridiculizar a Juan Ramón que el gran poeta no sólo escribía su obra con ese cuidadoso lápiz, y esa letra arabesca, y esa personal puntuación, ortografía y manera, sino que ese mismo modo -lo que él creía que era un modo- lo llevaba también a la cuenta de la lavandera. Hoy, que ya no tengo como entonces diecisiete años y mis emociones llevan

ya -¿por qué no decirlo?- cierta sabiduría, le diría a ese alguien que, en efecto, de llevar un poeta la cuenta de la lavandera debe, naturalmente, ser igual a su obra. Esa plenitud, esa totalidad, esa actitud única para todo, aunque las partes de este todo sean tan diversas es, sin duda alguna, lo que le permite a Juan Ramón escribir sus poemas “Pájaro fiel”, “Flor que vuelve”, “Criatura afortunada” y, sin rebajamiento, estas caricaturas, algunas de personajes tan grises, camelísticos o anodinos como Federico de Onís, Benjamín Jarnés o Eusebia Cosme. Porque el poeta, cuando llega a esa unidad, se hace un poco novelista.

Y nada más, aunque queda todo por decir, ya que temo haber faltado demasiado a mi deber, el deber de escribir una nota de libros, misión aceptada contra mi costumbre, por tratarse ahora, no de una novedad editorial, aparición libresca digna de estudio, sino de algo en que no importa reseñar, resumir, señalar y recomendar al público atento.